

parlamento que él mismo, al tener noticia de la catástrofe de Constantinopla y de los sermones de la Iglesia, había convocado en Regensburg para fines de abril de 1454. A este parlamento fueron por lo demás muy contados los príncipes que asistieron personalmente. Fuera de buenas intenciones y promesas vanas ningún resultado dió su convocación, y en el que se reunió en otoño del mismo año en Francfort con idéntico resultado negativo tampoco se presentó el emperador, lo cual sirvió de nueva arma para sus designios al partido hostil al mismo, agrupado al rededor del elector del Palatinado y del primo de éste el duque Luis de Baviera. Los príncipes electores empezaron á comprender que se habían dejado engañar por el emperador y el Papa, y que habían hecho muy mal en renunciar á su neutralidad respecto del papado. Si funesta había sido para Alemania la enemistad entre el emperador y el Papa, peor fué para ella su unión, porque el papado procuró resarcirse en Alemania de lo que la organización moderna y la oposición nacional en otros países le había hecho perder. Suscitóse, pues, de nuevo en Alemania la cuestión de la reforma de la Iglesia, pero no ya en el sentido de la moralidad, sino en el sentido nacional, por supuesto como siempre sin resultado ninguno, á pesar de todos los esfuerzos del jurisconsulto Gregorio de Heimbürg, el campeón de la neutralidad de los príncipes electores en los asuntos del papado. Este tuvo contra sí al astuto arzobispo de Tréveris, Jacobo de Sirk, y al consejero de éste Juan de Lisura (del Mosela), amigo y compatriota de Nicolás de Cues, no menos astuto, ambicioso, egoísta y venal que su amo, ambos defensores de la preponderancia de los príncipes electores, es decir, de la suya, sobre el poder central é ilusorio del emperador. A este elemento de oposición se agregaron las intrigas de los pretendientes á la corona imperial para cuando vacara, siendo el principal el hermano del emperador Federico III, el duque Alberto IV de Austria, mas inepto que él y tan apático como él.

En la esfera de la política y de la diplomacia de Alemania sucedía lo mismo que en la de la guerra, viéndose siempre igual división, el mismo egoísmo particularista é idéntica ausencia de patriotismo nacional. Con el exceso de talentos que se empleaban y gastaban en mezquindades, el imperio habría podido burlarse de la naciente diplomacia de los franceses é italianos, así como habría podido defender su territorio contra todos sus enemigos exteriores si hubiese podido unir y dirigir sus fuerzas materiales é intelectuales á un objeto nacional común; pero en el terreno de la moral nacional y política, el pueblo alemán y sus príncipes se hallaban todavía á inmensa distancia de los demás pueblos y naciones.

No habiéndose presentado el emperador en ningún parlamento convocado por él mismo, los príncipes se decidieron á irle á ver á su capital Viena, donde le sometieron en febrero de 1455 un proyecto de reforma ó sea de una nueva organización del imperio para darle la paz interior y levantarlo de su decaimiento. Este proyecto, como el que se había ideado en tiempo del emperador Segismundo, consistía esencialmente en dar participación en el gobierno real é imperial á los príncipes electores; y como desde siglos lo mas necesario era establecer la paz interior acabando con las innumerables guerras parciales, propusieron los príncipes la creación de un tribunal imperial supremo y permanente, sin perjuicio de los tribunales de los diferentes territorios particulares, que habían de continuar funcionando como hasta entonces, pero con carácter de instancias inferiores. Para subvenir á los gastos de la nueva organización propusieron una contribución general, aunque sin entrar en pormenores, y hasta pidieron la reunión de un nuevo concilio general, basándose en el decreto del de Constanza que ordenaba

la convocación periódica de concilios generales, prometida también personalmente por el papa Eugenio IV al emperador Federico III. Este, sin embargo, apático y esquivo como era, se limitó á contestar en general que el estado de sus territorios particulares y hereditarios no le permitía ausentarse y hacer el viaje por Alemania que los príncipes electores deseaban. En resumen, no se hizo nada, ni armamentos contra los turcos ni otra cosa alguna, y la conferencia terminó quedando todos disgustados.

La muerte del papa Nicolás V, en 24 de marzo de 1455, reanimó las esperanzas de los reformistas alemanes, los cuales propusieron que se impusiera por condición del reconocimiento del nuevo Papa el cumplimiento de las promesas hechas á Alemania por la curia en el concordato relativas á la supresión de los abusos de que era víctima la Iglesia alemana y de que se había librado la Iglesia francesa; pero el emperador, en lugar de salir á la defensa de los intereses alemanes, prefirió mantener en el interés particular de la casa de Habsburgo la unión entre el emperador y el papado, al cual los príncipes electores habían designado como causa de la situación miserable de Alemania, y apenas hubieron proclamado los cardenales al anciano español Alonso de Borgia, del cual estaban seguros que no introduciría innovaciones en la Iglesia, Federico III se apresuró á enviar á Eneas Silvio á Roma para reconocer sin reserva ninguna al nuevo Papa.

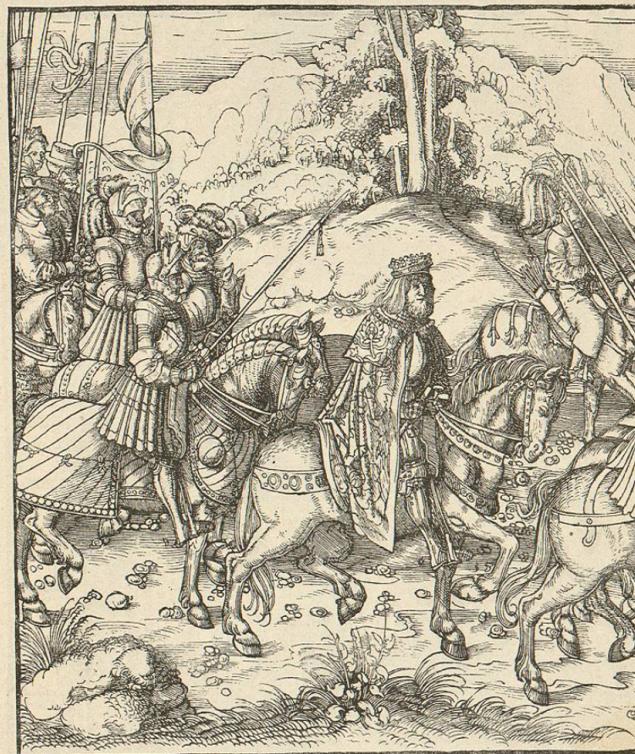
Esto disgustó mucho á los príncipes electores de la oposición, y uno de ellos, el arzobispo Ditericio de Maguncia, con el auxilio de su canciller Martin Mair, de Heidelberg, trabajó activamente, reuniendo sínodos provinciales en Aschaffenburg y Francfort, para armar contra Roma al episcopado alemán y recordar de paso al emperador las proposiciones presentadas en Viena en el proyecto de reforma. Pero el arzobispo se había desacreditado por su conducta anterior; el partido de la reforma y los príncipes electores estaban desunidos; el nuevo arzobispo de Tréveris, Juan de Baden, era partidario del emperador, cuyo partido tomó también el elector Alberto de Brandeburgo por estar enemistado con los duques de Baviera; el elector de Sajonia se había mostrado desde un principio muy tibio, y el del Palatinado no se puso del lado de la oposición sino por sus fines particulares egoístas y porque el emperador se había opuesto á que siendo tutor de su sobrino se hiciera dueño del Palatinado. Con un poco de habilidad habría podido el emperador dividir y desarmar la oposición; pero con su apatía é indecisión irritó contra sí hasta á los príncipes que le eran favorables. A pesar de las repetidas invitaciones y amonestaciones de los príncipes electores no se presentó en el parlamento convocado en Nuremberg para fines del mes de noviembre del año 1456. Se le amenazó con elegir en su lugar á otro rey de Alemania mas apto que él; pero la amenaza no se realizó, simplemente porque no había unión; y como el emperador sabía esto, que era además notorio para todo el mundo, no hizo ningún caso ni de las amonestaciones ni de las amenazas de los príncipes electores. Por otra parte, el celo de éstos no tardó en enfriarse también, y poco á poco un príncipe tras otro se fueron pasando al partido del emperador, porque no querían servir de instrumento á la ambición de su colega el elector del Palatinado y porque la reforma propuesta por éste llevaba consigo nuevas cargas y gravámenes.

Así naufragó otra vez la proyectada reforma del gobierno del imperio á causa de la política de inacción indolente del emperador, cuyo triunfo fué también el de la curia, conforme ahora diremos.

A fines del verano del año 1456 los príncipes electores

reunidos en Francfort redactaron en términos duros una exposición de las quejas de la nación alemana y del desgobierno de la curia romana, mostrándose decididos á concluir de una vez para siempre con semejante estado por medio de una pragmática-sanción por el estilo de la que habían publicado los franceses en 1439. Lo que mas irritados tenía á los alemanes era la explotación indigna de su bolsillo por la curia, y con razón decían que la Iglesia solo se ocupaba en desollar sus ovejas alemanas. La recaudación continua de diezmos para la guerra contra los turcos, dinero de cuya aplicación nadie sabía nada pero que evidentemente no se aplica-

ba al fin que se decía; el comercio escandaloso que la curia hacía con las indulgencias, y la concesión arbitraria de las prebendas mas pingües á extranjeros, en particular á eclesiásticos italianos por el estilo de Eneas Silvio, todos estos abusos escandalosos habían llegado á un extremo nunca visto; pero por mas que era justísima la indignación de grandes y pequeños, no había medio de traducirla en hechos, pues que la única corporación que habría podido hacerlo estaba dividida por la cuestión de la reforma interior del imperio, y sus quejas, redactadas por el canciller de Maguncia, Martin Mair, contra la corrupción de la Iglesia y la codicia de la



Un rey visitando el país á fines del siglo xv.

Facsimile de un grabado en madera, de Juan Burgkmaier, en el *Weisskunig*.

curia resultaron tan inútiles como lo habían sido las reclamaciones dirigidas al emperador. La curia tenía á su disposición recursos innumerables para influir en cuantas personas y clases podían dar cuerpo á la agitación. Concediendo dignidades y otras distinciones á los unos, amonestando y amenazando á otros, y sobre todo dando oportunamente á los contrarios mas peligrosos participación en el botín sacado de la esquilhada Alemania, el papa Calixto III, con el auxilio de Eneas Silvio, promovido al cardenalato, y conecedor profundo y práctico de los alemanes, hombre sagaz y astuto si los hubo, pudo introducir la división en la oposición, entretenerla y finalmente dominarla. El mismo arzobispo Ditericio de Maguncia, para el cual toda la agitación reformista no había sido mas que un medio de medrar y satisfacer su ambición personal, se vendió á la curia.

A la muerte de Calixto III, en el mes de agosto de 1458,

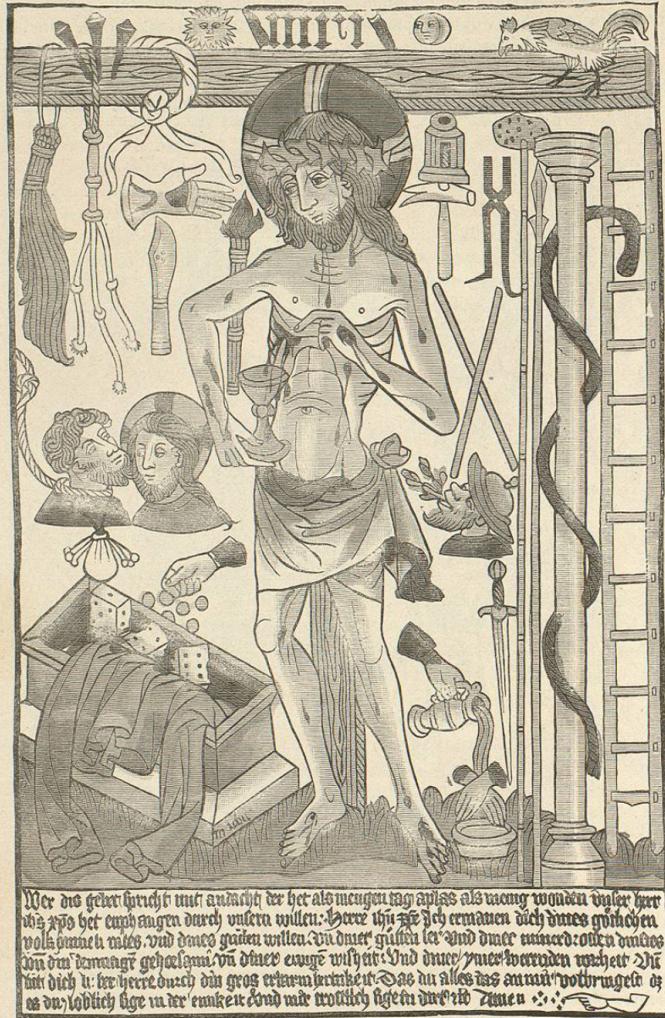
llegó Eneas Silvio á la meta de su ambición. Con el nombre de Pio II fué proclamado Papa, y entonces dióse pri- sa á condenar como herejía la doctrina de la supremacía de los concilios sobre el Papa, doctrina que tan ardientemente había defendido en su juventud. Despues de haber trabajado con afán constante por el mantenimiento de la división y debilidad de Alemania, quiso armar á todo el Occidente contra los turcos, y convocó á todos los monarcas y príncipes de la cristiandad á un congreso en Mántua para hacerles abandonar sus rencillas y unirlos todos contra el enemigo común; pero se frustró completamente su proyecto y de nada le sirvió su brillante retórica.

Entretanto se exacerbó la división interior de Alemania con motivo y con pretexto de la reforma del gobierno imperial, cuestión que en el curso de la contienda se involucró otra vez con la de la reforma de la Iglesia para hacer insos-

tenible la situación del emperador y de sus aliados, cuyos adversarios llegaron hasta resucitar las ideas husitas para ponerlas en campaña, bien que sin resultado ninguno, como luego veremos.

La causa fundamental de la desunión entre los alemanes fué esta vez la enemistad entre los duques de Baviera y los Hohenzollern. El marqués Alberto de Brandeburgo había

sido recompensado por el emperador por los servicios que le había prestado con la presidencia del tribunal imperial de Nuremberg, cuyo cargo utilizó Alberto exclusivamente para aumentar sus derechos y sus dominios, atropellando por todo. Esto determinó al duque Enrique de Landshut, de la casa de Baviera, y al príncipe elector del Palatinado, Federico III, á pactar contra Alberto Aquiles una alianza ofensiva y defen-



Bula del año 1430

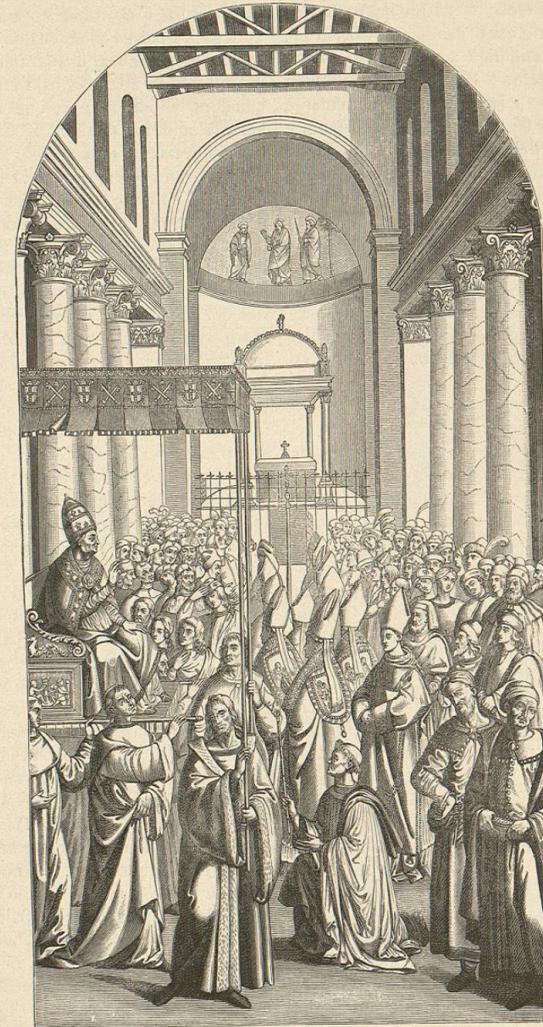
siva, que condujo á la división en dos bandos opuestos de casi todos los magnates de la Alemania del Sur, los cuales pronto estuvieron armados y á punto de romper las hostilidades. El atropello brutal de la ciudad libre de Donauworth por el duque Luis de Baviera, en otoño de 1458, originó la guerra, que estalló á principios del año 1460. A instancias de Alberto Aquiles, ordenó el emperador la formación de causa contra el duque por infractor de la paz interior; mientras Alberto y el nuevo arzobispo y príncipe elector de Maguncia, Dieter, sucesor del difunto Ditericio, se valieron de toda clase de intrigas de mala ley para enemistar entre sí á

los duques de Baviera, bien que sin éxito. Mucho padecieron á consecuencia de la guerra el Palatinado y la Franconia, pero finalmente el Hohenzollern Alberto para obtener la paz se vió obligado á firmar en el verano del año 1460 un convenio renunciando á todas sus pretensiones y quedando reducido á su posición primitiva. Sus aliados sucumbieron igualmente; el principal, el arzobispo de Maguncia, fué derrotado completamente por el príncipe elector Federico cerca de Pfeddersheim, en el país de Worms, y se pasó al bando contrario para resarcirse de las grandes pérdidas que el abandono de la causa reformista por su predecesor había causado

á la silla arzobispal de Maguncia. Esto influyó considerablemente en el aspecto que tomaron los asuntos del imperio, porque el elector de Maguncia, como aliado ó servidor de la política de la casa de Baviera, volvió á suscitar la gran cuestión de la reforma cabalmente cuando la curia creía más asegurada su posición en Alemania é iba á disponer como soberana de los recursos de este país. Entonces fué cuando

la curia provocó un conflicto que habría podido costarle caro.

El papa Pio II había impuesto á su reconocimiento del arzobispo de Maguncia, elegido en el verano del año 1459, condiciones encaminadas á impedir que el primado alemán apoyara el movimiento reformista, reduciéndole á instrumento ciego de Roma; y no habiendo podido conseguir este



Elevación de Eneas Silvio al papado.

Fresco de Pinturicchio en la biblioteca de la catedral de Siena.

objeto, se contentó con una crecidísima suma por el palio; pero al llegar el día del pago el arzobispo se hizo el sordo, y entonces el Papa se valió súbitamente de toda clase de pretextos para declarar ilegal su elección y formó la correspondiente causa eclesiástica contra el primado. En su consecuencia, éste, por su propio interés, volvió á suscitar la cuestión de la reforma. El primer choque ocurrió á principios de setiembre de 1460 entre los apoderados de los príncipes, reunidos en parlamento en Viena, cuando Besarion, el legado del Papa, pidió sin previa aprobación nuevos sacrificios

pecuniarios con pretexto de la guerra contra los turcos, amenazando á los morosos con las consiguientes penas eclesiásticas. Esta exigencia dió lugar á una protesta enérgica de parte de los presentes en defensa de los derechos de la nación alemana y contra las extralimitaciones de Roma, declarándose por todos con franqueza que no creían en la pretendida cruzada contra los turcos, antes bien pensaban que el único objeto de la curia era sacar dinero de los alemanes con cualquier pretexto.

En semejante disposición de ánimo habría podido alcan-